

Amor eterno

Novela: *Amor Eterno. La sombra del tiempo.*

Autor: **Néstor Gimenez**

© 2026. *Diseño de portada: Súdaka Editorial*

Foto: Bookmundo

Texto: Néstor Gimenez

ISBN: 9789403917283

Web: www.sudaka-editorial.com

Email: info@sudaka-editorial.com

Los derechos de esta edición, así como el diseño de cubierta, maquetación, tipografía y composición gráfica, pertenecen íntegramente a Súdaka Editorial. Queda prohibido escanear, fotocopiar, distribuir o comunicar públicamente esta obra, ya sea de forma total o parcial, por cualquier medio (incluyendo medios digitales, impresos o electrónicos), sin la autorización expresa y por escrito de la editorial.

Para efectos legales, el autor es responsable del contenido del libro. La editorial solo actúa como casa editorial.

Amor Eterno

Premio Literario *Quilmes Escribe* 2016
Municipalidad de Quilmes
Secretaría de Cultura y Educación
Argentina



Para Susana, Ignacio, Alejo, Juan Manuel y al amor eterno

Néstor Giménez

Amor eterno

La sombra del tiempo

Capítulo 1

Despedirse debe llevar implícito el compromiso del reencuentro. Lo pensé mientras la silueta de Sebastián se reducía en perfecta perspectiva por la ventanilla del tren. El plan de un reencuentro es una gambeta a la incertidumbre de la vida. Pensarlo me da la ilusión de que mañana estaré vivo.

El tren va dejando una estela de adioses silenciosos. 14:17. Montado en El Regional, voy de Santander a Valladolid. Cantabria comienza a quedar atrás junto a unos días de vacaciones estivales junto a mi amigo. Por delante, algo menos de seis horas de traqueteo cortando senderos y rozando pequeños pueblos enclavados entre valles. Más de cuarenta van salpicando de lado a lado las plateadas paralelas como puntadas de una precisa costura.

Veo pasar gente. Algunos miran el tren como buscando vaya a saber qué. Quizás se estén creando una pequeña fantasía que los libere un instante de la realidad, como lo hago yo.

¿Y si fueran esas pequeñas personas las que crean cada día mientras nosotros seguimos distraídos en lo rutinario? Veamos: aquel pastor que se ríe de a pedacitos bien podría ser el que corre el telón para que la claridad gane. Aquella vieja con la compra, la que despliega algunas nubes para que el celeste no resulte tan insolente. Esos niños en la esquina tienen pinta de ser los que dibujan con crayones los paisajes. Y ese viejo con cara de huraño, montado en su bicicleta, bien podría ser quien baje la banderilla para que el día comience a andar.

¿Quién pudiera negarlo? ¿Quién podría

asegurarlos? ¿Alguien podría creerlos? ¿Qué tan real puede convertirse una fantasía? ¡Me da igual! Al menos conseguí robarle unos cuantos minutos al tedio.

Cruzo una pierna, llevo el índice a mi barba y la ensortijo. El vidrio de la ventanilla devuelve el rostro de alguien que creo conocer. Él la tiene fácil. El trabajo más duro es de quien lo sostiene por dentro. Entre claros y oscuros, otro rostro se refleja.

No. Tú no.

Siempre vienes cuando no te convoco. Sigues siendo caprichosa, persistente y tenaz. El amor, finalmente, debe ser parecido a eso, o quizás algo más. Fuencisla. Cuando ella dejó de amarme se convirtió en un fantasma que gusta de manifestarse en todo mi ser. Eso también es amor. Recuerdo que llegamos a amarnos de verdad. Al menos en mí no estaba la intención de mentirnos.

¿Realmente habrá dejado de amarme o preferí creer eso para alejarme? De todas formas, no continuar con ella fue una manera de preservar el amor. Siento que habría sido insostenible que el tiempo lo desgastara y terminara por disiparlo. Ahora su tierna mirada se clava en la mía mientras el paisaje pasa como colores desordenados sobre una paleta.

Sebastián suele decir entre copa y copa: “El amor no es para cobardes”. Los dos sabemos de qué habla.

Después de Fuencisla me convertí en una casa: una pequeña, humilde, sencilla. Así, las mujeres que pasaron por mi vida fueron como visitas. Algunas golpearon y las atendí detrás de la puerta sin quitar el pestillo. A otras las recibí en el porche. Pocas accedieron al hall. Y son contadas con los dedos de una mano aquellas que pasaron de la sala. Como rezan los carteles en ciertos establecimientos: “La casa se reserva el derecho de admisión y permanencia”.

¿Cómo dices, Fuencisla? ¿Que así pagan justas

por pecadoras? Puede ser. Pero alguna vez la casa fue de puertas abiertas, sin restricciones, y alguien, al retirarse, dejó todo patas para arriba. Me llevó muchísimo tiempo redecorar y volver a poner las cosas a mi agrado. ¿Recuerdas?

Pero el amor siempre está presente. Siempre el amor. Lo sé. Quizás por eso prefiero sacarle el culo a la jeringa y no desatar pasiones que luego reclamen vivir ahogado en ellas. Aunque, he de reconocer, algunas veces me he enamorado. Claro que busqué innumerables adjetivos para no llamar “amor” a la perturbación que producía en mi interior.

Pero hoy, después de tantos años, la ausencia de un amor como el tuyo, Fuencisla, produce sombras que se manifiestan. ¿Me estaré volviendo loco? ¿Será que el amor produce sombras? ¡Claro que sí! Si no, ¿de qué otra manera? Tú, aquí y ahora, sin estar, te encuentro. Pero no eres más que una sombra. Sombra que es recuerdo, olvido, aliento, perfume y hasta sensación de presencia viva. Sin dudas, el amor produce sombras. Si no, ¿cómo coño te explico?

Sombra, sombra que es melancolía, dulce, celeste... cautivante sombra. ¿Será que el amor es luz y es en ella donde las sombras viven?

Quizás, como se dice: el precio de la libertad es la soledad. Quizás.

Pero ¿ves? Teniéndote en mi recuerdo puedo recibirte, charlar, unirnos y hundirme.

¡Qué sí, lo reconozco! Me gusta tornar a tu vera. Pienso en presente, aunque bien podría pensar en cualquier otro tiempo. ¿Verdad? Podrá parecer una historia más de amor, una de tantas. Pero tiene algo especial, algo que la hace única: hace treinta y cinco años que no te he vuelto a ver.

¿Sabes? Los japoneses tienen una leyenda sobre la existencia de un Hilo Rojo invisible que conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin

importar tiempo, lugar o circunstancias. El hilo se puede estirar o contraer, pero nunca romper. De ser así, creo que nuestro hilo rojo tiene varios líos a manera de autopista colapsada.

Un cartel cruza rauda la ventanilla. Creo leer algo, pero no estoy seguro.

—Disculpe, ¿acabamos de pasar por Dueñas?
— pregunté a mi ocasional compañero.

—Sí, dejamos la estación de Dueñas.

Agradecí. Miré el reloj: 17:50. ¡Qué corto se me hizo el viaje! La busqué, pero Fuencisla se había ido justo cuando la realidad invadió el recuerdo. Cierro los ojos, me acomodo en la butaca. Restan solo diecisiete minutos para la estación de Valladolid, y de ahí a esperar algo más de una hora por la combinación a Salamanca.

En la estación compro un periódico local. Busco el bar. Vendría bien una caña y unas tapas a modo de tentempié. Debo reconocirme como un lambucio incorregible.

19:20. Deposito mi humanidad en otro tren. Este es más confortable que el anterior. Una pena: el viaje será de solo una hora. Comienzo a prepararme. ¿Hay algo más horrible que regresar de vacaciones? Supongo que es uno de los momentos en que la finitud del tiempo se hace más palpable. Sobre todo, la del tiempo que disponemos para el ocio. Volver de vacaciones un domingo por la tarde sabiendo que el lunes espera todo aquello que feliz creí dejar atrás hace que quince días resulten: ¡un lapso! ¡Nada!

La noche va ganando terreno. Como un espectador privilegiado, por la ventanilla, veo cómo la cornisa pétrea se traga al sol.

20:30. El tren comienza a estacionarse en el andén. Ya falta poco para llegar a casa.

Entré a mi apartamento como lo haría un delincuente: a hurtadillas. Una tenue luz que se colaba

por el ventanal me permitió ver a Amapola, hecha un ovillo, durmiendo sobre un almohadón del diván. Por suerte, la felina amiga había sobrevivido a mi ausencia y a los cuidados de Andrea. Dejé la maleta en el *living* y fui a tomar una ducha. Antes, encendí el aire acondicionado. Salamanca me había recibido con una de esas tórridas noches en las que las paredes no alcanzan a enfriarse del sol de la tarde.

Desperté. Antes de abrir los ojos, rogué que ante mí se encontrara la bahía de Santander. Tonterías. Parezco un niño. En el trayecto a la cocina, Amapola me dio la bienvenida a su modo: se cruzó varias veces entre mis piernas asegurándose de refregarse bien.

—¡Que me harás caer, coño!

Ni caso. Pegó un salto, subió a la mesada y apuntó el hocico hacia la alacena.

—Ya. No necesitas decírmelo. Lo primero es lo primero. Ya te pongo el pienso.

Así empezó mi primer día después de las vacaciones: atendiendo a Amapola.

Fui andando hasta la oficina. La mañana era diáfana, fresca, algo húmeda. Presagio de que con el correr de las horas tendríamos lluvia. Lo supongo sin argumentos. Aborrezco eso de estar pendiente del servicio meteorológico. Prefiero que el día me sorprenda con todo, incluso el clima. No soporto, entre otras cosas, la desilusión de un presagio.

Unos gorriones agazapados en la fachada de La Casa de las Conchas esperan divisar algo comestible entre los adoquines para dejarse caer como plumíferas saetas. Detengo el paso un instante para contemplar tan imponente palacio. Una pregunta me abordó: en el siglo XV, Don Rodrigo Maldonado de Talavera, ¿lo habrá mandado construir pensando que, después de quinientos años, seguiría en pie? ¡Seguro que sí! Hasta debió jugar con la idea de verlo. Sonrío. La soberbia humana.

Llegué, muy a mi pesar, al portal de la oficina.

Levanté la mirada para ver toda la fachada. Me esperaban — con suerte — una decena de meses viéndola antes de las próximas vacaciones.

—Anda, por fin. ¡Buen día! ¿Cómo está Don Estanislao? ¿Cómo le ha ido?

—Buen día, Francisco. Bien para las dos preguntas.

Entrometido, como todo portero.

Entré a la oficina. Estaba ordenado, tal como me gustaría verlo todos los días y no lo consigo. Limpio, diría: reluciente. Ni un papel en la alfombra y un tenue aroma a lavanda flotando en el vacío. Andrea no me engaña: seguro se habrá pasado varios días dejando todo como nunca para recibirme. Esto no es común. Un detalle de su parte, he de reconocerlo. Levanté la persiana y la luz invadió mi despacho. Perfecto.

Sobre el escritorio, el cuaderno verde donde estarían volcadas las anotaciones de Andrea con los pendientes. Los vería luego. Una pila — diría mediana — de correspondencia, entre las que sobresalían algunas publicidades. También esperarán su turno.

Escuché que la puerta se abría.

—¡Buen día, Don Estanislao! ¿Cómo está? ¿Cómo le ha ido? ¿Qué cuenta de Don Sebastián?

—Bien para todas las preguntas. Pero ¿qué haces tú aquí? Te hacía camino a Benidorm.

—Es que conseguí pasaje para el mediodía y pensé en darme una vuelta para recibirlo y preguntarle si necesita algo. ¿Cómo encontró todo?

¿Me estaría por morir? ¿Estaba en una especie de fantasía ideal o Andrea estaba jugándome una broma?

—En perfectas condiciones. Aún no salgo del asombro — sonreímos —. ¿Algo en particular para comentarme? — dije mientras me sentaba en el sillón de Unamuno.

—Las cobranzas, como todos los veranos, algo

retrasadas. Así que en “pendientes” le dejé una copia del *cash flow* ajustado. Increíble. Y un listado de morosos. No sea duro con ellos; son buenos clientes.

—Ya, sí. Tú tan comprensiva. Quisiera que tuvieras esa misma predisposición al quinto día hábil de cada mes.

Ahora fui solo yo el que sonrió.

—¿Algo más?

—Las llamadas para usted están en el cuaderno azul y... no, nada que comentar.

—¿Clientes nuevos? ¿Cotizaciones pendientes?

—No — hizo un silencio como si estuviera revisando su memoria —. Hay una cosa.

Quedé mirándola con atención.

—Ha estado viniendo en repetidas oportunidades un muchacho que insistía en verlo, pero no quiso decirme por qué lo busca.

—A ver, dime qué te dice el instinto.

Era comprobado que, quizás sin saberlo, los comentarios de Andrea eran más sustanciosos que su informe oficial.

—Creo que está algo desesperado, pero no dijo por qué. Para mí, y esto es puro instinto, no es nada comercial. Este muchacho tiene otro tipo de preocupación.

Dejó de hablar. La miré haciéndole el típico gesto de “seguí” con la mano.

—Ah, y no es de aquí.

—¿Y de dónde es?

—No dijo la ciudad, pero tiene un inconfundible acento germano.

—¿Y es bien parecido?

—Sí.

Viejo lobo.

Mientras Andrea recitaba una detallada descripción del muchacho, comencé a revisar la correspondencia. No es que le quitara interés. Acababa

de descubrir la razón de su presencia en la oficina, cómo la había arreglado y el estado en que el “personaje” la había puesto. Además, el porqué del cambio del boleto a Benidorm. Andrea no perdería la oportunidad de encontrarse con el apuesto alemán y, de paso, tratar de enterarse del motivo de su visita.

Interrumpí:

—Y, dime, ¿cómo se llama?

—Peter, Peter Wach... es que es tan difícil. A ver — le pegó un vistazo a su agenda —: Wachsman.

—¿Con una o dos “n”?

—Con una. ¿Qué extraño? ¿No? Ahora que recuerdo, mientras tomaba nota, lo recalco muy bien. ¿Es importante?

—No. Solo quería saber cómo se escribía su apellido para no cometer errores. Sabes que soy cuidadoso con eso. Nada peor que ver mal escrito tu propio nombre y apellido.

Mentira. El muchacho quiso dejar bien en claro que su ascendencia era judía. ¿Por qué? Como si nada, continué.

—¿A qué hora dijo que vendría?

—Quizás, si se hacía un tiempo, pasaba por la mañana.

—Bien.

Cayó uno de esos silencios que solemos crear.

Golpearon a la puerta. ¿Será él?

No acabé de decirlo cuando, como rayo, Andrea salió hacia la puerta. Escuché: “Hola, buen día, Peter. ¡Hoy has tenido suerte! Don Estanislao está en su despacho”. Lo dejó esperando en el recibidor.

—Don Estanislao — y haciendo un gesto con su pulgar mientras lo ocultaba, dijo —: está Peter Wachsman.

Cuidó de no pronunciar la “n” final.

Mujeres. En fin. Si somos marcados como posibles presas, pocas cosas nos quedan por hacer más

que entregarnos a sus deseos.

—Sí, dile que pase.

El incauto entró. Se lo veía abrumado, presuroso y nervioso. Como viejo investigador, aprendí a confiar en mis corazonadas. Por eso, en el momento en que ese muchacho tembloroso como un flan entró a la oficina, debí hacer caso al escalofrío glacial que sacudió mi espinazo.

—Buen día, Peter. Pasa, tomá asiento, ponete cómodo. ¡Andrea!

—Sí, Don Estanislao.

Si había marca olímpica de atención, acababa de romperla.

—Podés cerrar la puerta. Gracias.

—¿Preparo café? —exasperante.

—¿Querés un café, Peter?

—No, no, gracias —respondió amable, con el acento bien alemán.

—¿Agua, quizás? —ella insistía.

—No, Andrea. Si a Peter o a mí se nos antoja algo, te avisaremos. ¿Vale?

Salió decepcionada y cerró.

—Tú dirás, Peter. ¿A qué debo la visita?

Nunca sé antes de hacer una pregunta si me arrepentiré.

—Es algo difícil. Al estar frente a usted no puedo hilvanar una frase.

Pronunciaba la “v” como si fuera una “f”. Hablaba con incorrección y fluidez. El perceptible acento alemán convivía con un ceceo español.

—Tranquilo, muchacho. Que no soy una celebridad.

—No, no es por eso.

Adiós, vanidad.

—Mi novia ha desaparecido. No, no — quedó con la vista clavada en el techo —. La palabra no es “desaparecido”. ¡La han raptado!